

UNA NOVELA LLAMADA REVOLUCION

GERMÁN DEHESA

A juzgar por el monumento que aquí en la capital le levantamos y por la avenida que aquí mismo le dedicarnos, la Revolución es un adefesio y un congestionamiento. Detalles menores, dirán ustedes; menores pero significativos respondo yo.

Las ciudades y de particular las ciudades viejas, si hemos de creerle a Durren y a Borges (que no tendríamos por qué no creerles) son el mapa (el mandala, dirían los orientales) de la voluntad y el destino de una comunidad. De ser esto así, el monumento y la avenida tendrían que ser leídos como la visual y tridimensional opinión que los mexicanos —discursos del PRI aparte— tenemos de nuestro "glorioso movimiento armado": un adefesio y un congestionamiento; o, dicho de otra manera, una revolución institucional que también podría ser vista como una novela que comenzó mal, siguió peor y que hoy escribe sus capítulos finales con estertores de corrupción y de catástrofe y habiendo recibido los santos óleos administrados por PAN. Como verán, vengo apocalíptico y lukacsiano (fue Lukacs el que definió a la novela como una búsqueda degradada en un universo degradado sin más salida que la locura o la muerte). Creo que no es para menos. Millones de mexicanos se sienten amenazados; otros tantos están angustiados; otros más se han abandonado a la orfandad y al fatalismo; algunos estamos enojados; muy enojados.

Aquí, una aclaración: mi enojo no llega a tanto como para sentirme ángel exterminador; ni para robarme el sueño o el gusto por vivir; creo con Savater que si bien no existe la felicidad perfecta, tampoco existe la infelicidad perfecta y que, entre una y otra entelequia (así le voy a poner a mi primera nieta) existe la felicidad posible; ésta es nuestro objetivo deseable y su obtención (siempre fugaz) depende centralmente de nosotros, aunque los demás en general y el Estado en particular mucho puedan hacer para y problematizarla y para estrechar límites. Esta es la raíz de mi enojo: desde 1996 percibo que la Revolución mexicana, como toda buena mala novela, no ha propiciado la felicidad posible de ninguno; ni siquiera la de aquellos que materialmente la han utilizado para su monstruoso beneficio; he conocido a muchos de ellos y jamás he percibido en su rostro, en su vida o en sus palabras el menor asomo de felicidad. De todos aquellos que con su muerte prematura, su explotación, su permanente frustración, su degradación social han sido víctimas de los primeros nada se podría decir referente a la felicidad. Simone Weil da en el blanco cuando nos avisa que la injusticia es una espada de dos puntas que hiere mortalmente a la víctima y al verdugo. Pensar en todo esto me mueve a escribir estos renglones en los cuales —y habiendo leído largamente la novela de la Revolución— pretendo ahora leer la Revolución como una fallidísima novela.

La bola de Rabasa, o Mi caballo, mi perro y mi rifle de José Rubén Romero serían quizá los primeros y ya desencantados atisbos de aquella revolución que todavía no acababa de comenzar y ya avisaba de su ausencia de sentido y de proyecto colectivo.

Mariano Azuela, Urquiza, Nellie Campobello y el magnífico Martín Luis Guzmán sólo pudieron dar cuenta de que la criatura nació muerta y que todo fue una grotesca fiesta de las balas patrocinada por los norteamericanos y sin más usufructuario que la gran familia que se aposentó sobre un millón de muertos. En vano Rivera, en vano Orozco, en vano Vasconcelos. A ellos nadie les avisó que todo era un jolgorio velorio. Por ahí apareció Agustín Yáñez que presintió genialmente que estábamos al filo del agua para luego convertirse en gobernador y perderse como escritor. Probablemente Yáñez ha sido el único novelista que se ha permitido cantar las rentables glorias de la Revolución. Peor para él. En su misma tierra nació Juan Rulfo que casi con un murmullo nos advirtió que la glorificada revolución estaba muerta y bien muerta y nos dijo también que él había venido desde Cómala para redactar la implacable acta de defunción. Esto sucedería allá por 1955; desde entonces para acá lo único que se ha escrito al respecto son contrahechos discursos priístas y reiteraciones, a veces brillantes, del obituario. Velozmente esto es la novela de la Revolución que tan acuciosamente estudian los académicos norteamericanos; tan vehementemente lo hacen, que ya Tito Monterroso ha propuesto ponerle límite y un impuesto especial a todo sajón que quiera escribir una tesis sobre Juan Rulfo.

Allá ellos. Ocurre sin embargo que tú y yo y nosotros somos también personajes de otra novela de la Revolución que la realidad ha escrito casi en secreto. Anticipo que no es buena. Algo tiene del esperpento de Valle Inclán, pero está mal hecha. Es un farragoso folletón cuyos capítulos se alargan y se continúan del modo más gratuito. En sus comienzos prometió un mañana y nuestros abuelos y padres se afanaron por alcanzar esa justicia y esa igualdad que reinarían en cuanto amaneciera. Nunca amaneció, aunque algunos nos madrugaron. Aragón lo dijo mejor: "aposté mi vida al mañana; ese mañana ya llegó y apesta". Triste epitafio que también puede ser nuestro. Macedonio Fernández decía que Anatole France prolongaba tanto sus novelas que al final los lectores ya no estaban.

Hagan de cuenta. Creo que sería urgente consultar con Unamuno y organizar una asamblea de personajes que, de una vez y para siempre, decidamos sublevarnos contra tan estúpidos autores y nos neguemos a seguir siendo escritos por ellos y entre todos juntemos polvito negro mineral y vegetal y, en un inédito esfuerzo común, lo compactemos todo y formemos así un irrecusable y definitivo punto final. Digo, es una idea.